

mas esto, por parecerles que no se aprovechaban de ellos como debian. De manera, que á cualquier parte que volvamos los ojos, ahora los pongamos en lo que tenemos de nuestra parte, ahora los levantemos á lo que habemos recibido de Dios, hallaremos harta ocasion para humillarnos y tenernos en menos que todos.

San Gregorio pondera á este propósito aquellas palabras que dijo David á Saul, despues que pudiéndole matar en la cueva donde habia entrado, le perdonó y le dejó ir; sálese tras él y dále voces, diciendo: "¿A quién persigues, rey de Israel? ¿A un perro muerto persigues? ¿A una pulga como yo (1)?" Pondera muy bien el Santo (2); ya David estaba unguido por rey y habia sabido del Profeta Samuel, que le ungió, que Dios quería quitar el reino á Saul y dárselo á él, y con todo eso se le humilla, y se apoea y abate delante de él, sabiendo que Dios le habia preferido á él, y que delante de Dios era mejor que él; para que aqui aprendamos nosotros á tenernos en menos que los que no sabemos en qué grado están delante de Dios.

CAPITULO XXXV.

Que este tercero grado de humildad es medio para vencer todas las tentaciones y alcanzar la perfeccion de todas las virtudes.

Casiano dice (3) que era tradicion de aquellos Padres antiguos, y como primer principio entre ellos, que no puede uno alcanzar la puridad de corazon, ni la perfeccion de las virtudes, si primero no conociere y entendiere que toda su industria, diligencia y trabajo no es bastante para ello sin especial ayuda y favor de Dios, que

(1) Quem persequeris, rex Israel? Quem persequeris? canem mortuum persequeris, et pulicem unum? I. Reg. XXIV, 15.

(2) Greg. lib. 34 Mor., c. 16.

(3) Casian. l. 12 de spiritu superbiae, c. 43.

es el principal autor y dador de todo bien. Y este conocimiento, dice, no ha de ser especulativo, porque asi lo habemos oido ó leído, ó porque asi nos lo dice la fé; sino conviene que lo conozcamos prácticamente y por experiencia, y que estemos tan llanos y tan asentados y resueltos en esta verdad, como si lo viésemos con los ojos y tocásemos con las manos; que es al pie de la letra el tercero grado de humildad de que vamos tratando. Y de esta humildad se entienden las autoridades de la Sagrada Escritura que prometen grandes bienes á los humildes, las cuales son innumerables. Y por eso con mucha razon le ponen los Santos por último y perfectísimo grado de humildad, y dicen que ese es el fundamento de todas las virtudes, y la preparacion y disposicion para recibir todos los dones de Dios. Y prosiguiendo Casiano esto mismo mas en particular, tratando de la castidad dice (1) que para alcanzarla ningun trabajo basta, hasta que entendamos por experiencia que no la podemos alcanzar por nuestras fuerzas, sino que nos ha de venir de la liberalidad y misericordia de Dios. Y San Agustin (2) concuerda muy bien con esto; porque el primero y principal medio que pone para alcanzar y conservar el don de la castidad, es esta humildad, que no penseis que lo podeis vos ni que bastan vuestras diligencias, que mereceis perderlo si en eso estribais; sino que entendais que ha de ser don de Dios y que os ha de venir de arriba y en eso pongais toda vuestra confianza. Y asi decia un viejo de aquellos Padres antiguos que seria uno tentado en la carne hasta que conociere bien que la castidad es don del Señor y no fuerza propia. Confirma esto Paladio con el ejemplo del abad Moisés, el cual habiendo sido en

(1) Casian. colatione 2 Abbatis Cheremontis, c. 4.

(2) August. lib. de sancta virginit., cap. 29.

el cuerpo de admirable fortaleza, y en el ánimo viciosísimo, se convirtió muy de corazon á Dios. Fué á los principios muy gravemente tentado, especialmente de torpezas, y por consejo de los Santos Padres ponía sus medios para vencerlas. Oraba tanto, que pasó seis años orando, la mayor parte de la noche en pie, sin dormir. Trabajaba mucho de manos; no comía sino un poco de pan; iba por las celdas de los monges viejos, y traía agua, y hacia otras mortificaciones y asperezas grandes. Con todo eso no acababa de vencer las tentaciones, sino que ardia en ellas, y estaba en peligro de caer y dejar el instituto de monge. Estando en este trabajo vino á él el santo abad Isidoro, y díjole de parte de Dios: «Desde ahora en nombre de Jesucristo cesarán tus tentaciones.» Y asi fué, que nunca mas le vinieron. Y añadió el Santo, declarándole la causa por qué hasta allí Dios no le habia dado cumplida victoria de ellas: «Moisés, porque no te gloriasas, ni cayeses en soberbia, pensando que por tu ejercicio habias vencido, por eso ha permitido Dios esto para tu provecho.» No habia Moisés alcanzado el don de la desconfianza de sí mismo, y porque lo alcanzase, y no cayese en soberbia de propia confianza, por eso le dejó Dios tanto tiempo, y no alcanzó con tan grandes y tan santos ejercicios la cumplida victoria de esta pasion que otros con menos trabajo han alcanzado.

Lo mismo refiere Paladio que le aconteció al abad Pacon, que con ser ya viejo de setenta años, era muy molestado de tentaciones deshonestas; y dice que le afirmó con juramento que, despues de cincuenta años de edad, por espacio de doce años fué tan récia la pelea y tan ordinario el combate que no se le pasó dia ó noche en todo este tiempo que no fuese combatido de este vicio. El hacia cosas muy extraordinarias para librarse de estas tentaciones,

y no aprovechaban. Un dia, estándose él lamentando, pareciéndole que le habia el Señor desamparado, oyó una voz que le decia interiormente: «entiende que la causa de haber Dios permitido en tí esta récia batalla, ha sido para que conozcas tu flaqueza y pobreza, y lo poco ó nada que tienes de tu parte, y asi te humilles de aquí adelante, no confiando en cosa alguna de tí, sino recurriendo en todas á mí á pedirme socorro.» Y dice, que con esta enseñanza quedó tan consolado y confortado, que nunca mas sintió aquella tentacion. Quiere Dios que pongamos toda nuestra confianza en él, y que desconfiemos de nosotros y de nuestros medios y diligencias.

Esta doctrina no solo es de Agustino y Casiano y de aquellos Padres antiguos, sino del mismo Espiritu Santo, y en estos propios términos que la vamos diciendo. El Sábio en el libro de la Sabiduria nos pone espresamente la teórica, y juntamente la práctica de todo esto. «Como yo supiese, dice Salomon (1), que no podia ser continente sin especial don de Dios.» Continente aqui es nombre general que abraza, no solo el contener y refrenar la pasion que es contra la castidad, sino todas las demas pasiones y apetitos que son contra la razon. Como tambien en aquello del Eclesiástico: «Todo peso de plata y oro no es digno del ánima continente (2).» No hay cosa que tanto pese ni valga como la persona continente. Quiere decir, que por todas partes tiene y contiene sus afectos y apetitos para que no salgan de la raya de la virtud y de la razon. Pues dice Salomon en el lugar arriba citado: «en sabiendo que supe, que

(1) Et ut scivi, quoniam aliter non possem esse continens, nisi Deus det, et hoc ipsum erat sapientiae, scire cujus esset hoc donum, adii Dominum, et deprecatus sum illum ex totis praecordiis meis. Sapient. VIII, 21.

(2) Omnis autem ponderatio non est digna continentis animae. Eccl. XXVI, 20.

sin especial don de Dios no podia contener siempre estas potencias y pasiones de mi alma y de mi cuerpo en aquel medio de verdad y virtud, sin que algunas veces sobresaliesen; y conocer esto, es, dice, gran sabiduria; acudió al Señor, y pediselo de todo mi corazón. De manera, que este es medio único para ser continentés, y para poder refrenar y gobernar nuestras pasiones y tenerlas á raya; y para alcanzar victoria de todas las tentaciones y la perfeccion de todas las virtudes. Y así lo reconoció muy bien el Profeta cuando decia: "Si el Señor no edifica la casa, en vano trabaja el que la edifica (1)." Y "si el Señor no guarda la ciudad, en vano trabaja el que la guarda (2)." Él es el que nos ha de dar todo el bien, y el que despues de dado lo ha de guardar y conservar; y sino, en vano será todo nuestro trabajo.

CAPITULO XXXVI.

Que la humildad no es contraria á la magnanimidad, antes es fundamento y causa de ella.

Santo Tomás, tratando de la virtud de la magnanimidad, pone esta cuestion (3): Por una parte, dicen los Santos, y dícelo el Sagrado Evangelio, que nos es muy necesaria la humildad; y por otra nos es muy necesaria la magnanimidad, especialmente á los que tienen oficios y ministerios altos: estas dos virtudes parecen contrarias entre sí; porque la magnanimidad es una grandeza de ánimo para emprender y acometer cosas grandes y excelentes y que sean dignas de honra; y lo uno y lo otro parece contrario á la humildad; porque

(1) Nisi Dominus aedificaverit domum, in vanum laboraverunt, qui aedificant eam. Ps. CXXVI, 2.  
 (2) Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat, qui custodit eam. Ibid. 5.  
 (3) S. Thom. 2-2, quest. 1, 29.

cuanto á lo primero, que es emprender cosas grandes, no parece que dice con ella; porque uno de los grados de humildad que ponen los Santos, es: confesarse y tenerse por indigno é inútil para todas las cosas (1), y emprender uno aquello para lo que no es, parece soberbia y presuncion; y lo segundo, que es emprender cosas de honra, parece tambien contrario; porque el verdadero humilde ha de estar muy lejos de desear honra y estimacion. A esto responde muy bien Santo Tomás, y dice, que aunque mirando la apariencia y sonido exterior, parecen contrarias entre sí estas dos virtudes; pero en efecto ninguna virtud puede ser contraria á otra, y en particular dice de estas dos, humildad y magnanimidad, que si miramos atentamente á la verdad y sustancia de la cosa, hallaremos que no solo no son contrarias, pero que son muy hermanas y depende mucho la una de la otra. Y declara esto muy bien; porque cuanto á lo primero, que es emprender y acometer cosas grandes, que es propio de lo magnánimo, no solo no es eso contrario al humilde, antes es muy propio suyo, y solo el que lo fuere puede hacer eso bien. Si fiados en nuestras fuerzas y medios, emprendiésemos cosas grandes, sería presuncion y soberbia; porque que cosas grandes, ni aun pequeñas, podemos nosotros emprender fiados en nuestras fuerzas, pues no somos suficientes de nosotros, ni aun para tener un buen pensamiento, como dice San Pablo (2)? Pero el fundamento firme de esta virtud de la magnanimidad, para acometer y emprender cosas grandes, ha de ser desconfiar de nosotros y de los medios humanos y poner nuestra confianza en Dios, que es la verdadera humildad. El glorioso

(1) Ad omnia indignum, et inutilem se confiteri, et credere.  
 (2) Non quod sufficientes simus cogitare aliquid a nobis quasi ex nobis. II. ad Cor. III, 5.

San Bernardo, sobre aquello de los Cantares: "¿Quién es esta, que sube del desierto, abundante en riquezas, estribando en su amado (1)?" va declarando cómo toda nuestra virtud y fortaleza y todas nuestras buenas obras han de estribar en nuestro amado. Y trae para esto el ejemplo del Apóstol San Pablo á los de Corinto (2). Comienza el Apóstol á contar sus trabajos, y lo mucho que habia hecho en la predicacion del Evangelio y en servicio de la Iglesia, hasta venir á decir que habia trabajado mas que los demás Apóstoles. Dice San Bernardo: mirad lo que decís, Apóstol Santo; para que podáis decir eso y para que no lo perdáis, estribad sobre vuestro amado (3). Luego estriba sobre su amado: "No yo, sino la gracia de Dios conmigo (4)." Y escribiendo á los filipenses, dice: "Todo lo puedo." Y luego estriba en su amado, y dice: "En aquel que me conforta (5)." En Dios todo lo podremos: con su gracia seremos poderosos para todo: en eso habemos de estribar, y ese ha de ser el fundamento de nuestra magnanimidad y grandeza de ánimo. Y esto es lo que dice el Profeta Isaías: "Los que desconfian de sí y ponen toda su confianza en Dios, mudarán su fortaleza (6)," porque trocarán la fortaleza de hombres, que es flaqueza, en fortaleza de Dios: trocarán su brazo flaco y de carne, en el brazo del Señor; y así quedarán fuertes y poderosos para todo, porque en Dios todo lo podrán. Y así dijo muy bien San Leon Papa: "El verdadero humilde, ese es

magnánimo, animoso y esforzado para acometer y emprender cosas grandes; ninguna cosa se le hace árdua ni dificultosa (1), porque no confia sino en Dios; y poniendo los ojos en Dios, y estribando en él, nada se le pone delante (2). En Dios todo lo puede. Esto es lo que habemos menester mucho nosotros, ánimo grande, y esfuerzo y confianza en Dios, no desmayos, que quitan la gana de obrar nuestros ministerios. De manera, que habemos de ser en nosotros humildes, conociendo que nosotros no somos para nada, ni valemos, ni podemos nada; pero en Dios, y con su virtud y gracia, habemos de ser animosos y esforzados para emprender cosas grandes.

San Basilio declara esto muy bien, sobre aquellas palabras de Isaías: "Señor, aquí estoy yo, si me quieres enviar (3)." Quería Dios enviar á predicar alguno á su pueblo, y como él quiere obrar las cosas en nosotros con voluntad y consentimiento nuestro, dijo donde lo pudo oír Isaías: "¿A quién enviaré? ¿quién querrá ir de buena gana (4)?" Respondió el Profeta: "Señor, aquí estoy yo, si me quieres enviar: Ecce ego mitto me." Pondera muy bien San Basilio que no dijo: "Señor, yo iré y haré esto muy bien;" porque era humilde, y conocia su flaqueza y veia que era atrevimiento prometer de sí que haria una cosa tan grande y que sobrepujaba todas sus fuerzas; sino dice: "Señor, aquí estoy yo muy pronto y dispuesto para recibir lo que vos me quisieredes dar; enviadme vos, que si me enviáis, yo iré." Como si dijera: yo no soy suficiente para un ministerio tan alto como ese, empero vos me podeis dar la suficiencia: vos podeis

(1) Quae est ista, quae ascendit de deserto delictis affluens, inhiixa super dilectum suum? Cant. VIII, 3.  
 (2) Gratia autem Dei sum, id quod sum, et gratia eius in me vacua non fuit, sed abundantius illis omnibus laboravi. I. ad Cor. XV, 10.  
 (3) Inhiixa super dilectum tuum. Bernard. serm. 60, ex parvis.  
 (4) Non ego autem, sed gratia Dei mecum.  
 (5) Omnia possum in eo qui me confortat. Ad Phil. II, 13.  
 (6) Qui sperant in Domino, mutabunt fortitudinem. Isaie, XI, 31.

(1) Nihil arduum humilibus; nihil asperum militibus. S. Leo Papa, serm. de Epiph.  
 (2) In Deo faciemus virtutem, et ipsa ad nihilum habebit tribulatio nostra. Praef. LIX, 14.  
 (3) Ecce ego, mitto me. Isaie, VI, 8.  
 (4) Quom militem, et quis ibi nobile? 16.

poner palabras en mi boca que truequen los corazones; si vos me enviáis, yo podré ir, y seré suficiente para ello yendo en vuestro nombre. Y dícele Dios: *Vé: Vade.* Veis aquí, dice San Basilio, quedó el Profeta Isafas graduado por predicador y Apóstol de Dios, porque supo responder muy bien en la materia de humildad, porque no se atribuyó á sí el ir, sino reconociendo su insuficiencia y flaqueza, puso toda su confianza en Dios, creyendo que en él todo lo podría, y que si él le enviaba podría ir. Por eso se lo concede Dios, y le dice que vaya, haciéndole predicador y embajador y Apóstol suyo. Esta ha de ser nuestra fortaleza y nuestra magnanimidad para emprender y acometer cosas grandes. Por eso no desmayeis, ni os desanimeis por vuestra flaqueza é insuficiencia. Dice Dios á Jeremías: "No digas que eres niño y que no sabes hablar; que á todo lo que te enviare irás, y hablarás, y harás todo lo que yo te mandare. No temas, que yo seré contigo (1)." De manera, que cuanto á esta parte, la humildad, no solo no es contraria á la magnanimidad, sino antes es raiz y fundamento de ella.

Lo segundo que tiene el magnánimo, que es desear hacer cosas grandes y que sean en sí dignas de honra, tampoco es contrario á la humildad; porque, como dice muy bien Santo Tomás (2), aunque el magnánimo desea hacer esto, no lo desea por la honra humana, ni es ese su fin; merecerla sí, pero no procurarla y estimarla. Antes tiene un corazón tan despreciador de las honras y de las deshonras, que ninguna cosa tiene por grande sino la virtud, y por amor de ella se mueve á hacer cosas gran-

(1) Noli dicere puer sum, quoniam ad omnia, quae mittam te, ibis; et universa, quaecumque mandavero tibi, loqueris. Ne timeas a facie eorum, quia tecum ego sum. *Jerem. 1, 7.*

(2) S. Thom. 2-2, quest. 129, art. 2 ad 3.

des, despreciando la honra de los hombres. Porque la virtud es cosa tan alta, que no se puede honrar ni premiar suficientemente de los hombres, porque merece ser honrada y premiada de Dios. Y así el magnánimo no tiene en nada todas las honras del mundo; es esa cosa baja y de ningún precio para él, mas alto es su vuelo: por solo amor de Dios y de la virtud se mueve á obrar y hacer cosas grandes, despreciando todo lo demas. Pues para tener este corazón tan grande, tan generoso y tan despreciador de las honras y deshonras de los hombres, cual le ha de tener el magnánimo, menester es mucha humildad. Para llegar á tanta perfección que podáis decir con San Pablo: "Sé portarme así en la humillación como en la abundancia y prosperidad, y así en la hartura como en la hambre (1);" para que vientos tan recios y tan contrarios, como de la honra y de la deshonra, de las alabanzas y de las murmuraciones, de los favores y de las persecuciones, no causen en nosotros mudanza, ni nos hagan titubear, sino que siempre nos quedemos en un mismo ser; gran fundamento de humildad y de sabiduría del cielo es menester. No sé si sabreis vandeáros en la abundancia, como el Apóstol San Pablo (2); padecer pobreza, mendigar, peregrinar y andar humilde entre las deshonras y afrentas, por ventura sabreis; pero ser humildes en las honras, cátedras, púlpitos y ministerios altos, no sé si sabreis. ¡Ay! que los ángeles en el cielo no supieron hacer eso, sino que se desvanecieron y cayeron. Aun allá dijo Boecio: «Siendo así que se debe temer toda fortuna, mas digna de

(1) Scio et humiliari, scio et abundare (ubique, et in omnibus institutus sum), et satiari, et esurire, et abundare, et penuriam pati. *Ad Philip. IV, 12.*

(2) Per gloriam, et ignobilitatem, per infamiam, et bonam famam: ut seductores, et veraces: sicut qui ignoti, et cogniti: quasi morientes, et ecce vivimus. *II. ad Cor. VI, 8.*

temerse es la próspera que la adversa (1). Mas dificultoso es conservarse uno en humildad, en las honras y estimación del mundo y en los ministerios y oficios altos, que en los desprecios y deshonras y en oficios bajos y humildes; porque estas cosas traen consigo humildad, y esotras soberbia y vanidad. La ciencia y las demas cosas altas de suyo hinchan y desvanecen (2). Por eso dicen los Santos que es humildad de grandes y de perfectos varones saber ser humildes entre los dones y mercedes grandes que reciben de Dios y entre las honras y estimación del mundo.

Cuéntase del bienaventurado San Francisco (3) una cosa que parece bien diferente de cuando se puso á amasar el barro con los pies por huir la honra con que le salían á recibir. Entrando una vez en un pueblo, hiciéronle mucha honra por la opinión y estima que tenían de su santidad, y venían todos á besarle el hábito, las manos y los pies, y él no hacia resistencia ninguna. Su compañero juzgóle de que parecia se holgaba con aquella honra; y vencióle tanto la tentación, que al fin se lo dijo. Respondió el Santo: «Esta gente, hermano, ninguna cosa hace en comparación de la honra que habia de hacer.» El compañero quedó mas escandalizado con esta respuesta, porque no la entendió. Entonces díjole el Santo: «Hermano, esta honra que me ves hacer, no la atribuyo yo á mí, sino toda la refiero á Dios cuya es, quedándome yo en lo profundo de mi vileza, y ellos ganan con esto, porque reconocen y honran á Dios en su criatura.» Quedó el compañero satisfecho y maravillado de la perfección del Santo. Y con mucha razón, porque ser te-

(1) Cum omnis fortuna timenda sit, magis tamen timenda est prospera, quam adversa. *Boecius.*

(2) Scientia inflat. *I. ad Cor. VIII, 1.*

(3) Part. 1, lib. 1, cap. 73 de la *Crónica de San Francisco.*

nido y estimado por Santo (que es la mayor honra y estima en que uno puede ser tenido), y saber dar á Dios la gloria de ello como se debe, sin atribuirse á sí cosa alguna y sin que se le pegue la miel á las manos, ni tomar de ello algun vano contentamiento, sino quedándose tan entero en su humildad y bajeza como si no hubiera nada de aquello, y como si aquella honra no se diera á él sino á otro, es altísima perfección y humildad profundísima.

Pues á esta humildad habemos de procurar llegar con la gracia del Señor, especialmente los que somos llamados, no para que estemos arrinconados y escondidos debajo del celemin, sino en alto, como ciudad sobre el monte y como antorcha sobre el candelero para alumbrar y dar luz al mundo; para lo cual es menester echar muy buenos fundamentos y tener un deseo grande, cuanto es de nuestra parte, de ser despreciados y tenidos en poco, el cual nazea de un profundo conocimiento de nuestra miseria y vileza y de nuestra nada, cual tenia San Francisco cuando se puso á amasar el barro con los pies para ser tenido por loco. De aquel profundo conocimiento propio que tenia de sí mismo, de donde nacia el desear ser despreciado y tenido en poco, de allí nacia tambien que, cuando despues le honraban y le besaban el hábito y los pies, no se desvanecía ni se tenia por eso en mas, sino se quedaba tan entero en su bajeza y humildad, como si nunca honra le hicieran, atribuyendo y refiriendo todo aquello á Dios. Y así, aunque estos dos hechos de San Francisco parecen entre sí contrarios, procedian de una misma raiz y de un mismo espíritu de humildad.

CAPITULO XXXVII.

De otros bienes y provechos grandes que hay en este tercero grado de humildad.

Despues que el rey David habia preparado mucho oro y plata y grandes materiales para el edificio y fabrica del templo, ofreciendolo a Dios, dijo estas palabras: "Todas las cosas, Señor, son vuestras, y lo que habemos recibido de vuestra mano, eso os damos y volvemos (1)." Esto es lo que habemos de hacer y decir nosotros en todas nuestras buenas obras: "Señor, todas nuestras buenas obras son vuestras, y asi os volvemos lo que nos habeis dado." Dice muy bien San Agustin: "El que se pone a contar sus merecimientos y los servicios que os hace, ¿qué otra cosa os cuenta, Señor, sino los dones y beneficios que ha recibido de vuestra mano (2)?" Esa es vuestra bondad y liberalidad infinita, que quereis que vuestros dones y beneficios sean nuevos merecimientos nuestros; y asi, quando pagais nuestros servicios, galardonais vuestros beneficios, y por una gracia nos dais otra y por una merced otra (3). No se contenta el Señor, como otro José, con darnos el trigo, sino dános tambien el dinero y precio con que se compra (4). Todo es dádiva de Dios, y todo se lo habemos de atribuir y volver a él.

Uno de los bienes y provechos grandes que hay en este tercero grado de humildad, es que este es el bueno y verdadero agradecimiento y hacimiento de gracias por los beneficios recibidos de Dios. Bien sabida cosa es cuán encomendado y estimado es este hacimiento de gracias en la

(1) Tua sunt omnia, et quae de manu tua accepimus, dedimus tibi. I. Paral. XXIX, 14.  
(2) Quisquis tibi enumerat merita sua, quid tibi enumerat, nisi imputera tua? August. lib. 9 Conf. cap. 13.  
(3) Gratiam pro gratia. Joann. I, 16.  
(4) Gratiam, et gloriam dabit Dominus. Ps. LXXXIII, 12.

Divina Escritura; pues vemos que cuando el Señor hacia a su pueblo algun beneficio señalado, luego ordenaba alguna memoria o fiesta en su agradecimiento, por lo mucho que nos importa serle agradecidos para recibir de él nuevas gracias y mercedes. Pues esto se hace muy bien con este tercero grado de humildad, que, como está dicho, consiste en no atribuirse el hombre a sí bien ninguno, sino atribuirlo todo a Dios y darle a él la gloria de todo; y en eso está el bueno y verdadero agradecimiento y hacimiento de gracias, no en que digais con la boca: "gracias os doy, Señor, por vuestros beneficios;" aunque tambien con la boca habemos de alabar a Dios y darle gracias. Pero si lo haceis solamente con la boca, no será hacer gracias, sino decir gracias. Pues para que sea, no solo decir gracias a Dios, sino hacerle gracias, y sea no solo con la boca sino tambien con el corazon y con la obra, es menester que reconozcais que todo el bien que teneis es de Dios, y que se lo volvais y atribuyais todo a él, dándole la gloria de todo sin alzaros con nada; porque de esa manera se desnuda el hombre de la honra que ve no ser suya, y la dá toda a Dios, cuya es. Y esto nos quiso dar a entender Cristo nuestro Redentor en el Sagrado Evangelio, cuando habiendo sanado a aquellos diez leprosos y volviendo solo uno a agradecer el beneficio recibido, le dijo: "No hubo quien volviese y diese la gloria a Dios sino este extranjero (1)." Y amonestando Dios a los hijos de Israel, que fuesen agradecidos y no se olvidasen de los beneficios recibidos, les advierte de esto: "Guardaos no os olvideis de Dios cuando os veais en la tierra de promision en mucha prosperidad de bienes temporales, de ca-

(1) Non est inventus, qui rediret, et daret gloriam Deo, nisi hic alienigena. Luc. XVII, 17.

sas, heredades y ganados. Guardaos no se levante entonces vuestro corazon, y seais ingratos, y digais que por vuestras fuerzas y diligencias lo habeis alcanzado (1)." Eso es olvidarse de Dios, y el mayor desagradecimiento que puede uno tener, atribuirse a sí los dones de Dios. No os pase tal cosa por pensamiento, "sino acordaos de Dios y reconoced que suya es la fortaleza, y él os dio las fuerzas para todo, y que esto lo hizo, no por vuestros merecimientos sino por cumplir la promesa que liberalmente hizo a aquellos Padres antiguos (2)." Este es el agradecimiento y hacimiento de gracias y el sacrificio de alabanza con que Dios nuestro Señor quiere ser honrado por los beneficios y mercedes que nos hace (3). Este es aquel Rey de los siglos inmortal, que dice San Pablo, a solo Dios se ha de dar la gloria de todo (4).

De aqui se sigue otro bien y provecho grande; que el verdadero humilde, aunque tenga muchos dones de Dios y sea por eso muy tenido y estimado de todo el mundo, no se estima ni se tiene por eso en mas, sino quédase tan firme en el conocimiento de su bajeza como si nada de lo que le dieron se hallara en él. Porque sabe muy bien distinguir entre lo que es ageno y lo que es suyo propio, y atribuir a cada uno lo que le pertenece, y así los dones y beneficios, que ha recibido de Dios, míralos él, no como cosa suya, sino como cosa agena y prestada, y trae siempre puestos los ojos en el conocimiento de su propia fla-

(1) Observa, et cave, ne quando obliviscaris Domini Dei tui, et elevetur cor tuum, et non reminiscaris Domini tui, qui eduxit te de terra Aegypti.... Fortitudo mea, et robur manus meae, haec mihi omnia praestiterunt. Deut. VIII, 11, 14, 17.  
(2) Sed recorderis Domini Dei tui, quod ipse vires tibi praeberit, ut impleat pactum suum. Ibid.  
(3) Sacrificium laudis honorificabit me. Psal. XLIX, 23.  
(4) Regi saeculorum immortalis, et invisibili, soli Deo honor, et gloria. I. ad Tim. I, 17.

queza y miseria, y en lo que él sería si Dios le dejase de su mano y no le estuviese siempre teniendo y conservando. Antes, mientras mas dones tiene recibidos de Dios, anda mas confundido y humillado con ellos. Dice San Doroteo (1) que así como en los árboles que están muy cargados de fruta, el mismo fruto hace abajar y encorvar los ramos y aun algunas veces hasta quebrarlos con su grande peso; empero el ramo que no tiene fruto ninguno quédase muy derecho y levantado en alto; y las espigas, quando los trigos están muy granados, se inclinan tanto que parece que se quiere quebrar la caña; pero quando las espigas están muy derechas, es mala señal e indicio de que están vacías; así, dice, acontece en lo espiritual, que los que están vacíos y sin fruto andan muy engreídos y levantados, teniéndose en algo; pero los que están cargados de fruto y de dones de Dios, andan mas humillados y confundidos. De los mismos dones y beneficios que han recibido toman ocasion los siervos de Dios para humillarse y confundirse mas y para andar mas temerosos. Dice San Gregorio (2) que así como el que recibe prestada gran cantidad de dineros, de tal manera se huelga con el empréstito que le templá muy bien la alegría del recibo el saber que queda obligado a pagarlo, y le dá cuidado y pena el pensar si podrá cumplir a su tiempo con la obligacion; así el humilde, mientras mas dones tiene recibidos, se reconoce por mas deudor a Dios, y se tiene por obligado a servirle mas, y parecele que no corresponde a mayores mercedes con mayores servicios, ni a mayores gracias con mayores agradecimientos. Y cree y entiende que cualquiera a quien Dios hubiera dado

(1) Doroth. serm. de humilit.  
(2) Greg. lib. 22 Mor. cap. 5, et homil. 9 in Evang.

lo que á él, usara mejor de ello y fuera mucho mejor que él y mas agradecido. Y asi, una de las consideraciones que trae á los siervos de Dios muy humillados y confundidos es esta, porque saben que no solo les ha de pedir Dios cuenta de los pecados cometidos, sino tambien de los beneficios recibidos. Y saben que á quien dieron mucho, mucho le pedirán; y á quien le encomendaron mas, mas le pedirán, dice Cristo nuestro Redentor (1). El abad Macario dice que el humilde mira los dones de Dios, como depositario ó tesorero que tiene la hacienda de su mano, al cual no le viene vanagloria de ello, sino antes temor y cuidado por la cuenta que sabe le han de pedir de ella si por su culpa se pierde.

De aqui se sigue otro bien y provecho, y es que el verdadero humilde no desprecia á nadie, ni le tiene en poco, por mucho que le vea caer en culpas y pecados, ni por eso se ensoberbece él, ni se tiene en mas que el otro; antes de alli toma ocasion de humillarse mas viendo al otro caer, porque considera que él y el caido son de una masa, y que cayendo el otro, cae él cuanto es de su parte; porque, como dice S. Agustin (2), no hay pecado que uno haga que otro no le haria si no le tuviese piadosamente la mano de Dios. Y asi, uno de aquellos Padres antiguos, cuando oia que alguno habia caido, lloraba amargamente y decia: «Hoy por tí y mañana por mí (3). Asi como aquel cayó pudiera yo caer, pues soy hombre flaco como él (4), y el no haber yo caido, lo tengo de tener por particular beneficio del Señor.» Asi como nos aconsejan los

(1) Omni autem cui multum datum est, multum quaeretur ab eo; et cui commendaverunt multum, plus petent ab eo. Luc. XII, 48.  
(2) Aug. in Soliloq. c. 15.  
(3) Ille hodie, et ego cras.  
(4) Homo sum, et humanum a me nihil alienum puto. Afferit Bernard. serm. de Resurrect. Domini.

Santos, que cuando viéremos á uno ciego, á otro sordo, á otro cojo, manco ó enfermo, todos aquellos males tengamos por beneficios nuestros, y demos gracias á Dios que no me hizo á mí ciego, ni sordo, ni manco, ni mudo como á aquel: asi habemos de hacer cuenta que los pecados de todos los hombres son beneficios nuestros, porque en todos ellos pudiera yo haber caido, si el Señor no me hubiera por su infinita misericordia librado. Con esto se conservan los siervos de Dios en humildad y en no menospreciar á sus prójimos, ni indignarse contra nadie, por muchas faltas y pecados que vean, conforme á aquello de San Gregorio: «La verdadera justicia hace que tengamos compasion de nuestro hermano; la falsa, desdén é indignacion (1).» Y estos tales deben temer aquello que dice San Pablo: No permita el Señor que sean tentados en aquello mismo que condenan, y vengan á probar á su costa cuánta es la humana flaqueza; que suele ser castigo de esa culpa (2). En tres cosas, dijo uno de aquellos Padres antiguos (3), juzgué á mis hermanos, y en todas tres he caido; para que conozcamos por esperiencia que nosotros tambien somos hombres y aprendamos á no juzgar ni menospreciar á nadie (4).

CAPITULO XXXVIII

De los favores y mercedes grandes que hace Dios á los humildes y que es la causa por que los levanta tanto.

«Viniéronme todos los bienes con ella:» estas palabras las dice Salomon de la Sa-

(1) Vera justitia compassionem habet, falsa justitia designationem. Greg. hom. 34 super Evangelia.  
(2) Considerans te ipsum, ne et tu tenteris. Ad Gal. VI, 4.  
(3) Refert Cas. lib. 5 de instit. renunt. cap. 30 de abbate Machario.  
(4) Ut sciant gentes quoniam homines sunt. Ps. IX, 24.

biduria divina (1), que con ella le viniéron todos los bienes. Pero podémoslas aplicar muy bien á la humildad, y decir que todos los bienes vienen con ella; pues el mismo Sábio dice (2) que «donde hay humildad ahí está la sabiduría.» Y en otra parte (3) dice que «tener esta humildad es suma sabiduría.» Y el profeta David (4) que «á los humildes da Dios la sabiduría.» Pero fuera de esto, en propios términos nos enseña esta verdad la Escritura divina, asi en el Viejo como en el Nuevo Testamento, prometiendo grandes bienes y gracias de Dios, unas veces á los humildes, otras á los pequeñuelos, otras á los pobres de espíritu, llamando por estos y por otros tales nombres á los verdaderos humildes. Dice Dios por Isaias: «¿A quién miraré yo, en quién pondré los ojos, sino en el humilde y en el pobrecito, y en el que está temblando y confundiéndose delante de mí (5)?» En estos pone Dios los ojos para hacerles mercedes y llenarlos de bienes. Y los gloriosos Apóstoles San Pedro y Santiago, en sus Canónicas (6), dicen: «Dios resiste á los soberbios, y á los humildes da su gracia.» Lo mismo nos enseña la Sacratísima Reina de los Angeles en su Cántico: «El Señor abate á los soberbios y ensalza á los humildes: harta de bienes á los hambrientos, y deja vacíos á los que les parece estar ricos (7);» que es lo que antes habia dicho el Profeta: «Tú salvarás el pueblo que se humilla, y abatirás los ojos de los sober-

bios (1).» Y lo que nos dice Cristo en el Evangelio: «El que se ensalza, será humillado, y el que se humilla será ensalzado (2).» Asi como las aguas se van corriendo á los valles (3), asi las lluvias de las gracias de Dios se van á los humildes. Asi como los valles, por las muchas aguas que recogen en sí, suelen ser fértiles y dar abundantes frutos (4), asi los bajos en sus ojos, que son humildes, aprovechan y dan mucho fruto, por los muchos dones y gracias que reciben de Dios. Dice San Agustin que la humildad atrae á sí al Altísimo Dios: «Alto es Dios, dice, y si os humillais, desciende á vos; y si os levantaiis y ensoberbecis, huye de vos (5).» ¿Sabeis por que? dice San Agustin (6), porque, como dice el Real Profeta, es Dios grande y Soberano Señor, y mira á los humildes, y el mirarlos es llenarlos de bienes; y á los soberbios, dice que los vé de lejos; porque asi como acá, cuando vemos á uno de lejos, no le conocemos, asi no conoce Dios á los soberbios, para hacerles mercedes. «De verdad os digo, que no os conozco,» dice Dios á los malos y soberbios (7). San Buenaventura dice (8), que asi como la cera blanda está muy dispuesta para recibir el sello que quieren imprimir en ella, asi la humildad dispone el alma para recibir las virtudes y dones de Dios. En aquel convite que José hizo á sus hermanos, al mas pequeño cupo la mejor parte (9).

(1) Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa. Sap. VII, 11.  
(2) Ubi est humilitas, ibi et sapientia. Prov. XI, 2.  
(3) Sap. VIII, 21.  
(4) Sapientiam praestans parvulis. Ps. XVIII, 8.  
(5) Ad quem autem respiciam, nisi ad pauperem, et contritum spiritu, et trementem sermones meos? Isaie LXVI, 2.  
(6) Deus superbis resistit: humilibus autem dat gratiam. I. Pet. V, 5.—Jacob. IV, 6.  
(7) Deposuit potentes de sede, et exaltavit humiles; esurientes implevit bonis, et divites dimisit inanes. Lucae I, 53.

(1) Quoniam tu populum humilem salvum facies, et oculos superbiorum humiliabis. Psal. XVII, 28.  
(2) Quia omnis qui se exaltat, humiliabitur; et qui se humiliat, exaltabitur. Luc. XIV, 11.  
(3) Qui emittis fontes in convallibus. Psal. CIII, 10.  
(4) Et valles abundabunt frumento. Psal. LXIV, 14.  
(5) Altus est Deus, humilias te, et descendit ad te; erigit te, et fugit a te. Aug. serm. 2 de Ascens.  
(6) Quare? quoniam excelsus est, et humilia respicit, et alta a longe cognoscit. (Psal. CXXXVII, 6.) Aug. Ibid.  
(7) Amen dico vobis, nescio vos. Math. XXV, 12.  
(8) Bonav. in spec. disciplin. ad Novitios c. 3.  
(9) Gen. XLIII, 34.